

en el tratado alguna cláusula favorable á los Reyes franceses. Pero en esta cláusula ponía reservas encaminadas á mantener en el mayor espacio posible la paz y aplazar todo lo posible también la funestísima guerra. Proponía una terrible nota colectiva conminando al Congreso francés para que borrara los principios antimonárquicos de la Constitución y pusiese principios más conformes con la estabilidad y el equilibrio europeos. Después de tal nota, para el caso posible de no encontrar esto la indispensable atención, proponía un Congreso de Reyes europeos en Aquisgram encargado de combatir á los pueblos refrenando el mal ejemplo dado á éstos por la Revolución. Pero añadía que si de tal Congreso llegasen á salir disposiciones tremendas, como la intervención, por ningún modo se realizara ésta, sino convenida y acordada por unanimidad. Este último párrafo desvirtuaba todos los anteriores. No podía intervenir por intervención unánime cuando era sabido de todos un propósito irrevocable de Inglaterra: no intervenir nunca con las armas en los asuntos franceses. Así Prusia, decidida por la intervención, dirigió á su reciente aliado Leopoldo varias observaciones acerca del Congreso europeo, en las cuales observaciones resaltaba como capital ésta: inutilidad completa del Congreso de Reyes como no funcionarán é hicieran éstos efectivos los acuerdos con una inmediata y resuelta intervención activa en armas. Veíase, pues, despuntar, mientras el Rey llegaba desde su cautiverio en Varennes á su cautiverio en París, el acuerdo monárquico europeo contra la nación revolucionaria. Los Emperadores alemanes tenían en las orillas del Rin feudos, eclesiásticos y laicos para con Francia y su Revolución arremeter; los Reyes italianos tenían dentro de Francia, Niza y Saboya; los Reyes hispanos con atravesar el Pirineo caían sobre aquella presa. Francia estaba circuida por todas partes de implacables enemigos. Nunca se mostró, como en aquella coyuntura, cuán acertada fuera para la Francia la política de Carlos el *Temerario*; proponiéndose tres siglos antes dilatar una línea desde los Alpes marítimos y el Mediterráneo á Holanda y el Océano que amortiguase por algún modo el choque de los Estados centrales. Lástima su tropiezo tremendo con Suiza que no podía perderse para la humanidad. Mas pudo todo arreglarse por aquella sazón crítica sin tocarla. Francia contribuyó á que no hubiera esta línea, venciendo á Carlos el *Temerario*; y la neutralidad así de Bélgica como de Suiza prueba hoy cuán preciosas para el bien universal son estas intermedias provincias.

Interesándonos tanto como nos interesan los Estados intermediarios entre las grandes potencias, no podemos menos sino convertir los ojos al Oriente, donde hay varios destinados á igual ministerio. No hace mucho que allí en Oriente, los Estados intermediarios, que deben evitar un choque funesto entre Rusia y Alemania, entre Rusia y Turquía, entre Austria y Rusia, entre Austria y Turquía, Estados preciosos á la paz europea, se habían desvanecido y borrado en las fuerzas de los grandes núcleos á ellos cercanos. Unos, como Hungría y Croacia, pertenecían completamente al Imperio austriaco, el cual, en su orgu-

llo, los consideraba provincias; y otros, como Rumania y Bulgaria, pertenecían al imperio turco, el cual, en su insensatez, los consideraba feudos. El movimiento de las ideas y el metamorfoseo de las cosas, han traído un resultado muy favorable al progreso, como que tales pueblos se hayan organizado sabiamente de suyo en organismos nuevos más ó menos perfectos, pero en suma, separados ó divididos en sus antiguos centros. Aquí el movimiento ha resultado á la inversa del sentido en la Europa central. Mientras Saboya se ha unido á Francia por el plebiscito, y á Germania se ha unido Alsacia y Lorena por la conquista, en Oriente se han separado muchas porciones del imperio turco y del imperio austriaco, formando verdaderos planetas, cuando no soles, en torno de los que gravitan, como satélites, diversos territorios. ¡Bien particular carácter y destino el carácter y destino de Austria! Un ducado germánico, á cuya cabeza dinastías de Castilla y de Lorena por medio de diversos matrimonios se han puesto, da su nombre á los territorios más dispares y á veces más contrarios del mundo. Bajo el pabellón de Austria viven italianos, dálmatas, eslavones, turcos, bosnios, herzegovinos, magyares, servios, rumanos, helenos y cien diversas familias. Hay quien, al ver toda esta confusión babilónica de pueblos y razas, ha llamado al imperio austriaco, una confederación semejante á la confederación helvética y á las confederaciones americanas. Yo niego el parecido. Siempre que se trata de mostrar una cosa tan evidente como la superioridad indudable de la forma republicana sobre la forma monárquica, yo pongo enfrente la confederación argentina y al imperio brasileño. Mientras en éste reinó una dinastía que manchara con sus privilegios el esplendor de nuestra libre América, y bajo esta dinastía yaciera muchos años como consecuencia natural de las instituciones monárquicas, una esclavitud infame, cuya indispensable abrogación se prometía todos los años al mundo culto y no se cumplió sino la víspera del destronamiento de un Emperador; la noble Atenas del Plata, con su democracia progresiva, con sus libertades arraigadas, con su forma republicana, crece así en riquezas intelectuales como en riquezas materiales, demostrando al orbe con su ejemplo revelador la virtud creadora y la eficacia saludable de nuestros sacrosantos principios. Y lo que digo del imperio brasileño y la confederación argentina, digo del imperio austriaco, una confederación monárquica, cuando lo pongo frente á frente de las confederaciones republicanas, así en Europa, como en América. Notad un fenómeno bien digno de notarse. Pues ahora debemos detenernos ante Austria, por causa de ser Austria el núcleo de todos los esfuerzos reaccionarios, contra la revolución francesa. Mientras en América, en los Estados-Unidos, por ejemplo, y en Suiza, todo tiende á la unidad, en Austria todo tiende á la separación tristemente. La Constitución del 48, helvética, resultó un paso en la indispensable aproximación de los cantones; y cuantas reformas á tal Constitución hánse después llevado, se determinan todas á una por la indispensable necesidad de unión. Lo mismo ha pasado en América. Aquella sublime guerra, en la cual se derritieron las cadenas de los esclavos,

CAPILLA ALFONCINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. U.

unió á los pueblos sajones del Nuevo Mundo, como no habían estado jamás. En Austria sucede precisamente lo contrario. Pueblos primitivos algunos de los pueblos austriacos, mientras otros, pasados de maduros y viejos, concuerdan todos en el respeto común á la suprema dinastía de Hapsburgo. Mas, en tal afecto, es en lo único que concuerdan. El Emperador de Austria para ellos es el Rey de Bohemia, de Croacia, de Hungría; pero Bohemia, Hungría y Croacia, por haber ido á parar en manos de un mismo jefe, no tienen ya nada que ver entre sí, debiendo vivir con Parlamentos, con ejércitos, con presupuestos, y con gobiernos aparte, cada uno de ellos para su pueblo respectivo. De aquí una guerra latente y continua entre las razas que pueblan aquellas regiones, como no se habrá visto igual en ninguna otra parte, ni en ningún otro tiempo de nuestra Historia. El esclavón de Bohemia no puede vivir en paz con el germano de la misma región. La idea de raza en aquellos territorios sobrepuja de suyo á la idea de patria, tan arraigada en los territorios españoles. El bohemio eslavo niega el título de compatriota, parece imposible, al bohemio alemán. La guerra cruel toma todo género de formas y aspectos allí. Al teatro donde acuden los unos, jamás acuden los otros. El enfermo eslavo del pueblo no entra en los mejores hospitales públicos, si halla por casualidad en ellos enfermos alemanes. Cada raza tiene allí su respectiva universidad y las escuelas independientes. Cuando el gobierno austriaco trata de unirlos bajo el cielo común sobre la común tierra, uno y otro pueblo le ofrecen resistencias invencibles. Los judíos estuvieron más unidos á las orillas del Nilo con los egipcios, y más unidos también, durante su cautiverio en Babilonia, á las orillas del Eufrates con los caldeos, que se hallan en Praga checos y germanos, en Pesth ruthenos y magyares. Caso raro. Una idea tan abstracta, como la idea de raza, idea filosófica, idea fisiológica, idea etnológica, una más á estos pueblos de Oriente que la idea común, y su complemento, la nacionalidad, es decir, la tierra ideal, surgida de la conciencia, y confirmada tanto por la Geografía como por la Historia.

Pende todo esto de la formación, que ha tenido el imperio austriaco, formación de la Historia, tan semejante á lo que llamamos hoy formaciones geológicas. Cierta número de unidades, completamente diversas, han caído bajo la dominación de una sola familia. Cantidades heterogéneas no han podido componer, ni sumas, ni multiplicaciones. Organismos independientes unos de otros, y desemejantes entre sí, no han podido llegar á un organismo superior. Esa virtud creadora de metamorfosis que han gozado España, Francia, Italia, Grecia, los pueblos heleno latinos, no la consiguieron jamás los pueblos del Norte. Austria no ha podido reunir á sus razas diversas, como ha reunido España el fenicio de Cádiz, el árabe de Córdoba y Sevilla, el africano de Murcia y Almería, el griego de Valencia y Cataluña, con el celtibero de Aragón, y el vasco de Navarra, el cántabro de Santander, y el astur de Oviedo, y el celta de Galicia. Un imperio es un verdadero Estado; pero un imperio no es una verdadera nación. Así, aquella Marca, sita en las riberas del Danu-

blo y circundada por Bohemia, Moravia, Carintia, puede ufanarse con sus innumerables vasallos, pero no puede ufanarse con ser el núcleo de una sola nación. Austria no ha conseguido la facilidad increíble de aquel islote, abrazado por las aguas del Sena, donde se levanta Nuestra Señora de París, que ha constituido la maravillosa unidad francesa. Prolongación de Baviera un día, terreno político de aluviones, Federico Barbarroja la elevó á pobre ducado, y Enrique II la prolongó trabajosamente por medio de la conquista en el siglo duodécimo. A fin del mismo siglo, Leopoldo V le sumó el ducado independiente de Carintia. Tras el ducado de Carintia llegó el Condado de Goortz, extendiendo desde las tierras del Friul hasta las tierras de Istra, compuesto, por una frontera de italianos cuasi germánicos y por otra frontera, de esclavones cuasi griegos. Luego vino la unión momentánea de Bohemia, y Austria, bajo el Rey de aquella región, que se llamaba Ottocar II, quien juntó y sumó, siquier con las interinidades propias de los siglos medios, una gran parte de sus dominios actuales al viejo ducado de Austria. Llamóse la primer dinastía que comenzó á reinar allí en el siglo duodécimo, dinastía de Barbemberg, como la segunda dinastía que comenzó á reinar allí en el siglo décimo-tercio, dinastía de Hapsburgo, como la tercera dinastía, que comenzó á reinar en el siglo décimo-sexto, por medio de Carlo V, dinastía de Austria, como la última dinastía, que comenzó á reinar en el siglo décimo-octavo, dinastía de Lorena. Fijándose con atención sostenida en los caracteres varios de todas estas dinastías y en la sucesión de anexiones por medio de las cuales se ha formado poco á poco la suma de sus Estados, descúbrense los caracteres principales del imperio austriaco, así como de los factores múltiples, que han llegado á ser sus componentes diversos. En ningún otro de los fenómenos sociales, que se presentan á una en la creación de los pueblos y naciones, vése tan claro, como en éste, la diferencia patentísima entre lo puramente mecánico y lo puramente orgánico. Austria suma fuerzas; pero tales fuerzas sumadas no componen un organismo.

En realidad el Emperador Maximiliano constiuyó la unidad, posible por aquella sazón, del imperio austriaco, á comienzos del siglo décimo-sexto, y el Emperador Carlos V lo sujetó más tarde al derecho y principio hereditario. Rey aquél de romanos el año 86, archiduque de Austria el año 93, conde de Tirol y Landgrave de Alsacia el año 96 en la décima-quinta centuria, heredero de Gratz al comenzarse la décima-sexta, y emperador de Alemania en el octavo año de esta última, constituyó esa informe suma de varios Estados, muy unidos todavía bajo sus descendientes, pero muy separados entre sí. A todos estos factores agregáronse bien pronto Bohemia dentro del imperio, y fuera del imperio Hungría, las dos naciones, constituida hoy una en su independencia casi completa la nación húngara, y pugnando la otra por imitar y por seguir á ésta, pugnando en tal sentido con pujanza y tenacidad la nación bohemía. Por Bohemia y Hungría fué Austria un Estado verdaderamente oriental; como por Flandes, unida más tarde á sus do-

minios, un Estado verdaderamente accidental. Pero esta inmensa extensión le dañaba para lo más necesario á su vida y al desarrollo de su vida, para la constitución de su indispensable unidad. Mientras Francia, Inglaterra, España, constituyeron en el siglo décimo sexto sus Estados únicos, Austria no pudo constituirlo, impidiendo también la unidad de Italia con su tutela sobre Roma y la unidad de Alemania con su feudal imperio. Bohemia y Hungría se vieron unidas con Austria, y de Austria separadas en mil diversos cambios de aquellos procelosos tiempos, henchidos con intensas tempestades, y en mil diversos sacudimientos de aquellas tierras, atravesadas por los terremotos feudales. La unión de Bohemia y Hungría con Austria se debió á los turcos y á sus victorias. Dominadores por su pujanza éstos de todo el Oriente, halláronse muy próximos á ceñirse las dos coronas de Bohemia y de Hungría, cual se ceñeran las coronas de Bulgaria, Servia y Velaquia. En el año 26 de la décima-sexta centuria, roto el Rey Juan de Bohemia y de Hungría en los campos de Molsacz, y temiendo que todos sus súbditos pasaran al imperio vencedor, cedió su regia corona, en tan grave apuro, al infante de Castilla don Fernando, hermano del emperador Carlos V, para que así los defendiese con su pujanza este gran Emperador é hiciera retroceder la inundación otomana. Mayor importancia consiguió aún en los destinos europeos el aditamento al Austria, de Hungría. Descendiente de mongoles también esta última nación, como sus hermanos los turcos, arrestóse con gloria contra ellos, desoyendo la voz de su propia sangre y escuchando solamente la voz de su religión. Amortiguada la fe ahora, y surgido por los progresos científicos de nuestro tiempo un sentimiento de raza, ignorada en otros días, el húngaro siente fraternidad íntima con el turco, turanio, cual él mismo, y deplora no haber aquellos apartados siglos puéstose de acuerdo con él, para destruir y aplastar á sus comunes enemigos, los odiados esclavones. Así el mayor aliado, con que Turquía cuenta hoy en el mundo, es, á no dudarlo, el pueblo puramente magyar, como el pueblo magyar es también el mayor enemigo de Rusia. Impórtanle poco á Hungría los muchos intereses austriacos de antiguo comprometidos contra los turcos, y empeñados en arrancar á éstos la formidable Salónica. El húngaro sólo pide al austriaco el auxilio necesario para tener á raya tanta gente de raza esclavona como hay concitada en contra suya. Y dando la desaparición de los turcos en Oriente nuestro incalculable predominio á los eslavos, Hungría se opone con todas sus fuerzas á tal suceso, y mantiene con todos sus votos y con todos deseos la media luna sobre la Basílica de Justiniano, sobre la libertad de Constatino. En otras edades humanas de mayor fe y de mayor religión, la complicidad manifiesta de un pueblo cristiano con el imperio musulmíco estrellárase de seguro contra la conciencia popular. Mas hoy, en el estado en que han venido los espíritus, predominan mucho los intereses políticos sobre los intereses religiosos; y en virtud, ó por obra, de semejante predominio, el húngaro se opondría siempre á que den los Austrias cuenta de Turquía. Por estas originales combinaciones, á primera vista inexplicables; y por esta contradicción

patentísima, sucede que grandes entidades, como Turquía, condenadas por la conciencia humana, y disueltas en el movimiento de los hechos, duren y perduren contra los afectos y pensamientos más íntimos de la opinión universal.

Hungría no ha estado nunca unida con Austria. En los tiempos de su grandiosa cruzada contra los turcos, una parte de su territorio lo poseían éstos, y otra parte se hallaba en poder de los valacos y de los croatas. Por tal razón siempre que lo ha podido Hungría, se ha separado totalmente del Imperio austriaco. Allá por el año 48, la separación se mantuvo con varia fortuna, pero con igual esfuerzo y gloria. Los poetas más ilustres, los héroes más sublimados, los oradores más oídos, todo cuanto vivía en aquel territorio la vida superior del espíritu, se adhirió á la independencia y pugnó por establecerla y arraigarla definitivamente. Yo recuerdo que la causa de Hungría me interesaba en mi lejana infancia, como pudiera interesarme la causa de Italia, y que seguía con tal ansiedad los pasos de Kossuth por las orillas del Danubio, como pudiera seguir los pasos de Garibaldi por las orillas del Tiber, los pasos de Manin por las orillas del Adriático, los pasos de Guerazzi por las orillas del Arno, los pasos de Lamartine por las orillas del Sena. Se necesitó la reacción extrema y universal que nos envolvió á todos con sus sombras; el poder incontrastable de Rusia ejercido por mano tan férrea como la mano de Nicolás I; el horrible furor de los crueles y sanginarios croatas para sepultar de nuevo á Hungría en su fosa. Mas no sepultaron sus nobles aspiraciones. En cuanto Austria saliera de la confederación germánica por su rota de Sadowa, Hungría pidió toda la independencia compatible con el ser y naturaleza del Imperio austriaco, á cuya suerte se halla por mil apretadísimos lazos estrechamente unida. La edad antigua del heroísmo, condensada en la revolución del 48, había pasado, y sobrevenido tras ella, otra edad más práctica, en que prevalecían sobre las inspiraciones sublimes, la reflexión madura. Deak llevó el espíritu de conciliación hasta el extremo de idear un pacto práctico entre la forma imperial y la patria libre. Hombres como Andrassy, antiguos héroes de la independencia nacional que habían peleado en los viejos combates y caído en la común desgracia, se unieron á la transacción. Y encontraron republicanos de tan perspicuo entendimiento y de tan maduro juicio, como el ministro que llevara la pesadumbre de tal política recién creada sobre sus hombros como [el habilísimo Taafe. Tal régimen ha tomado el nombre de dualismo. Pero no deja de tener inconvenientes así en Austria como en Hungría. Compuesto el territorio colocado en la corona de San Esteban por tierras de carácter eslavo, rutheno y hasta sajón ó alemán, éstas tienden á separación idéntica en el fondo con la recabada por sus hábiles y sabios dominadores. Y como quiera que no haya logrado el Imperio austriaco por su parte la necesaria unificación, todos los Estados, en sus aglomeraciones inorgánicas, parecen movidos por fuerzas completamente centrífugas que los apartan del Austria. El Tirol se siente atraído por Italia y mientras no puede cumplir este destino en consonancia y armonía con su